SEMBLANZA
DE ANTONIO GALLEGO MORELL

No me resulta fácil trazar una semblanza de Antonio Gallego Morell, teniendo que ceñirme a la brevedad que requieren estas pocas páginas que han de servir de pórtico a este número de nuestra revista que se le ha dedicado. No me resulta fácil y la razón no es que carezca de datos o argumentos para trazarla. Por el contrario, la dificultad estriba en la imposibilidad de detenerme en las múltiples cuestiones en que quisiera hacerlo; en la infinidad de actividades que me gustaría resaltar; en los muchos rasgos de su personalidad que desearía destacar. No es posible. Pero quizá todo ello pueda sintetizarlo en dos palabras que encierran dos conceptos que —para mí— resultan definitorios de su talante vital. Dos palabras y dos conceptos que de tan simples, vienen a ser sumamente complejos: inquietud e ilusión.

Desde aquellos inquietos e ilusionados años de estudiante en las severas aulas del Instituto Padre Suárez, que condensaban entonces un ambiente hoy perdido. Desde los que vinieron después en los antiguos patios de la vieja Facultad de Letras, cuando ésta formaba parte del bello y sereno edificio de portada dieciochesca, presidido —como también ahora— por la estatua de Carlos V. Por esos patios cruza —él mismo nos lo ha dicho— la sombra de Gómez Arboleya, *su* profesor de Filosofía, que tanto hubo de marcarle, aunque luego sus dedicaciones marcharan por caminos diferentes a los que pudo aprender de él.

Fue la suya una carrera académica jalonada de honores lo cual, en este caso, no nos habla del alumno encerrado en sí mismo o que se mueve tan sólo en el pequeño entorno del estudio y las clases. Carrera jalonada de honores indicativa, por el contrario, de una mente abierta a las preguntas, inquisidora de respuestas, ávida de novedades, deseosa en todo momento de actuar. Pienso que no podía ser de otra manera en aquél joven que había crecido en el

influjo permanente de su padre y de quienes con él formaron parte de un momento de nuestro pasado que difícilmente volverá a repetirse.

Por eso no creo casual que su primera monografía la dedicara a Soto de Rojas, a ese poeta campesino —como gustó llamarlo Lorca— que en su figura encerraba todo un mundo de símbolos que él sentía muy próximos. El del Rinconcillo del café Alameda; la recuperación de figuras que eran parte de nuestra cultura; el amor por la Granada pequeña y preciosista de su paraíso cerrado. No iba a estarlo para Antonio Gallego que supo entrar en él para descubrir su secreto, aunque lo hiciera como de puntillas y sin darle importancia.

Hombre de ayer por sus raíces, inserto totalmente en el momento que le tocó vivir. En 1943, en plena y dura posguerra, saca a la calle el primer número de *Vientos del Sur*, en colaboración con unos pocos amigos. Vientos que quieren contrarrestar otros aires que barren por entonces la geografía española. Es la primera empresa editorial de alcance a la que se lanza de lleno, aunque desde luego no iba a ser la última. Porque también sobre él la letra impresa ejercía y ejerció hasta el último momento una especie de mágica fascinación. Por ello vendrían después *Cuadernos de Teatro, Norma, Molino de Papel*. En esta última publicación salta de nuevo, en forma irresistible, el recuerdo de la Generación del 27 en esa serie de artículos que titula «Las revistas de los poetas» y que dedica a Gallo, Carmen, Litoral o Grecia.

Iniciativas, todas las que he citado, que son exponente de su talante, que le lleva no sólo a escribir en sus páginas, sino a mimar esas mismas páginas hasta el último de los detalles. Cuidado, precisión, conocimiento de la técnica. Amor a la edición. Elección del papel —hueso, marfil, anaranjado, amarillo, verde—, de los caracteres tipográficos, del diseño de su portada, del colofón que siempre debe cerrar una obra bien hecha. Pasión por la letra impresa, en definitiva.

Es algo que dejará bien patente en cuantas ocasiones le sea posible. Cuando dirije el Servicio de Publicaciones de la Universidad. Cuando incrementa los fondos de la Biblioteca universitaria o presta una especial atención a la de la Facultad de Letras. Cuando batalla porque Granada tenga sus propios estudios de Biblioteconomía y Documentación. Cuando se mira y se recrea en la Casa de los Tiros.

La Casa de los Tiros supuso para él —así lo pienso— una apasionante aventura, a la que entregó años de entusiasmo, de dedicación, de múltiples afanes. Entre todos, en forma prioritaria, el deseo de enriquecer sus fondos. Para ello habla, pide, convence y nuevas donaciones van llegando al edificio de la plaza del Padre Suárez, colocándose los volúmenes cuidadosamente en las estanterías, o distribuyéndose por las salas que forman parte de su museo. La espléndida colección cedida por López Rubio, centrada en la figura de la emperatriz Eugenia de Montijo, silueta de mujer por la que Antonio Gallego siem-

pre sintió una particular debilidad. Los de Washington Irving, los otros de temas granadinos, aquéllos de viajeros románticos. Y consulta catálogos de antiguo. Viaja. Compra. Una primera edición de las obras de Ganivet, descubierta como por azar; esa pequeña joya del XVIII, que resultaba casi imposible de localizar…

Al tiempo, va tomando forma la Hemeroteca. Más de una vez he oído contar cómo, en motocarro de alquiler, fue transportando periódicos, revistas o folletos, conseguidos de aquí y de allá. De tal manera que el pequeño patrimonio inicial iba creciendo, confiriendo carácter al que llegaría a convertirse en centro modélico para investigadores y estudiosos. Sin duda, la Casa de los Tiros constituyó un intenso momento en su actividad, manteniendo con ello la tradición iniciada por Gallego Burín, su impulsor y el que supo imprimirle una determinada impronta, pronto extendida en la Granada de los años treinta.

Ambos eran conscientes de que todo ello formaba parte importante de nuestro patrimonio. Un patrimonio que se plasma en un libro, que se define en un nombre, que toma forma en un edificio. Si un edificio hay vinculado a Antonio Gallego Morell es, por derecho propio, el Hospital Real que convirtió en sede del Rectorado y corazón de la Universidad. Rescatar el bello recinto que muchos conocimos abandonado y ruinoso; instalar en él una de las mejores bibliotecas de la ciudad; acondicionar —diseñando en total armonía— salones, despachos y dependencias; poner en marcha un nuevo eje de la cultura granadina, fue obra suya. Una más a sumar a otras muchas.

Lo dije ya al comienzo. No puedo en este breve esbozo dejar constancia de todas y cada una de las facetas que llenan su actividad. Escritor prolífico, impulsor de la Sierra y del turismo, organizador eficaz al frente de los Festivales de Música y Danza, presidente del Patronato de la Alhambra, académico, profesor universitario siempre, rector en Málaga y Granada…Amigo por encima de todo. Mucho de todo ello quedó plasmado en los volúmenes que se le ofrecieron el 24 de marzo de 1990, en íntimo homenaje que tuvo lugar en la Madraza con motivo de su jubilación. Los trabajos contenidos en ellos venían a ser expresión del afecto y la admiración que había sabido despertar a lo largo de su fecunda trayectoria en cuantos habían tenido la suerte de encontrarse con él en el camino.

La jubilación, para muchas personas, parece poner una especie de punto final en sus vidas. No fue el caso de Antonio Gallego para quien, ese momento, supuso el inicio de una nueva etapa en la que, a antiguas dedicaciones, vino a sumar otras diferentes. Sin abandonar en ningún momento sus tareas docentes, ejercidas ahora en su calidad de emérito, el mayor tiempo disponible le iba a permitir viajar con mayor frecuencia, participar asiduamente en cursos y seminarios, dar conferencias en los más diferentes lugares, escribir con un mayor sosiego.

Le iba a permitir incorporarse a nuevas empresas y pilotar algunas de ellas. Miembro del Comité Averroes, creado para impulsar las relaciones entre ambas orillas del Mediterráneo. Presidente del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, en los largos años en que se mantuvo al frente de esta institución muchos fueron los logros alcanzados. Por encima de todos impulsar y conseguir la cesión de la casa de Zafra como su sede estable y poner en pie su biblioteca, respaldo a la labor desarrollada por el propio Centro.

No es extraño que cuando Ideal comenzó una nueva andadura, acorde con unos nuevos tiempos, le llamara para presidir su Consejo de Administración lo cual —en momentos de transición— siempre supone ser un reto importante. Dilatada fue también su permanencia en ese puesto y acertada su gestión al frente de él, como lo avala el hecho de que, tras su retirada del mismo, se le nombrara presidente de honor de ese organismo. Distinción que me daría pie para entrar en el capítulo de todas las que Antonio Gallego ha ido acumulando en el largo tiempo de su larga actividad desarrollada en tan distintos frentes. Me resulta imposible hacerlo, cuando estoy llegando al final del espacio que resulta prudente. Sin embargo, no quisiera dejar de mencionar dos no tan lejanas, vivas en la memoria de quienes le acompañamos en ambos momentos: las concedidas en estos últimos años por la Fundación Rodríguez Acosta y por las Academias Andaluzas.

Todo lo dicho, aun siendo mucho, resulta pobre para plasmar en su totalidad una trayectoria y una personalidad tan rica de matices. Por ello quiero aludir a algo más, que para mí es fundamental. Su innata sociabilidad, que le hizo ser y seguir siendo hombre de conversación, de tertulia y de amigos. Lo cual es mucho en una sociedad como la nuestra en la que cada vez ha ido resultando más difícil la relación humana y el intercambio de ideas y palabras. Charlar con él constituyó un auténtico lujo. Un lujo del que yo disfruté durante mucho tiempo. Cada conversación era una historia que del ayer venía al hoy y se proyectaba al mañana. Historias sin final en muchos casos, porque no podían tenerlo, lo que importaba en ellas era el caudal de datos, de nombres, de personas, de acontecimientos que —entretejidos— iban marcando su ritmo.

Algunas de esas historias, se recogieron en las páginas de un volumen editado conjuntamente por el Aula de Cultura de Ideal y la Editorial Universidad en 2005. Bajo el título *Memoria viva* venía a ser un apretado compendio de algunos momentos de su vida, siempre rica, plena y activa, a la que el destino ha puesto final este 2 de febrero.

CRISTINA VIÑES MILLET